

**ALDEA
LITERARIA**

**El viaje
de Lila**

FLAVIA CIARLARIELLO

Coordinadora del Área de Literatura: Karina Echevarría

Editora: Pilar Muñoz Lascano

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Imagen de tapa: 123rf

Ciarlariello, Flavia

El viaje de Lila / Flavia Ciarlariello. - 1a ed. - Boulogne :
Cántaro, 2017.

112 p. ; 20 x 14 cm. - (Aldea literaria ; 548)

ISBN 978-950-753-460-7

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Novela. I. Título.
CDD A863

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2017

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-460-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**ALDEA
LITERARIA**

El viaje de Lila

FLAVIA CIARLARIELLO

Novela ganadora del Concurso Aldea Literaria 2017

*A mis hijos,
creadores de mundos maravillosos.*

INDICE

7 Primera parte

9 Capítulo 1

17 Capítulo 2

29 Capítulo 3

37 Capítulo 4

45 Capítulo 5

49 Capítulo 6

55 Segunda parte

57 Capítulo 7

63 Capítulo 8

71 Capítulo 9

77 Capítulo 10

87 Capítulo 11

93 Capítulo 12

99 Capítulo 13

101 Capítulo 14

107 Capítulo 15

111 La autora

primera
parte



Empieza el juego. Empieza en una plaza de barrio, en una tarde de verano. Empieza como todas las grandes amistades de la infancia: con una pelea. Los tres nos encontramos en ese punto mágico. Nos fuimos acercando como quien no quiere la cosa, mirando de reojo a nuestros contendientes, buscando la mejor forma de atacar. La hamaca más alta, esa que usan los nenes grandes, la que te hace bambolear los pies que no llegan a tocar el piso, deseando acelerar el tiempo y poder de una buena vez prescindir de la ayuda adulta. Ahí, cubriéndose del sol con una mano sobre la frente, estaba Nico. Martín se acercaba sigiloso, hasta que en un momento echó la gran corrida y se aferró con fuerza a una de las cadenas de la hamaca. Nico lo miró ceñudo, y empezó a inventar ridículos justificativos de por qué él merecía ser el primero en usarla. Tanto pataleó, que Martín finalmente rompió en llanto. Yo, por mi parte, intentaba aplicar mi limitada lógica de cinco años al gran dilema. Pronto entendí que era en vano y, cuando menos se lo esperaban, le di un pisotón a Martín, un tirón de pelo a Nico, y me dispuse gloriosa a disfrutar de mi tesoro. Claro que no había reparado en un detalle: la hamaca era demasiado alta. A fin de cuentas, ninguno de nosotros tenía la altura suficiente como para usarla independientemente.

Martín fue quien desarrolló el plan de ayuda mutua. Cada uno tendría su turno, y los otros dos empujarían, uno de cada lado. Así aprendimos una triste verdad: los demás son un mal necesario. Así, también, comenzó nuestro poco original lema de “Todos para uno, y uno para todos”. Y así duró.

Ese episodio fue el comienzo del juego, en la época de nuestras vidas en la que jugar era sinónimo de inocencia, en la época en la que uno no concibe siquiera la posibilidad del deseo de dejar de jugar. *No quiero jugar más. Ya no es divertido.*

Lo cierto es que el juego duró mucho tiempo. Y con el tiempo fue adquiriendo extraños matices. Y era inevitable, también. En el TEG ganaba siempre Martín, el Pictionary se desvirtuaba demasiado rápido y del Carrera de Mente ya conocíamos todas las respuestas. Entonces empezamos a jugar el juego de la gran ciudad. Comenzó una tarde, antes de la prueba de Geografía. Después de todo, ¿quién tiene tiempo para aprender cuál es el Producto Bruto Interno de Luxemburgo? (Por cierto, en esa época Luxemburgo era el país más rico del mundo, dato que definitivamente no aprendí en la escuela). Una mirada cómplice bastó para indicarnos nuestro destino.

Yo solía juntarme con uno de los bandos femeninos, Nico pasaba la mayor parte del tiempo con los del equipo de vóley, y Martín... Bueno, Martín no andaba con nadie. Lo cierto es que los tres estábamos siempre atentos a los movimientos de cada uno. Esa tarde, no fue necesario hablar para entender que ninguno había estudiado. El resto de la clase fue entrando de a poco, hasta que los tres nos quedamos solos en la puerta de la escuela. Nico hizo un bollo de su camisa y corbata, dejando al descubierto su amada —y apollada— remera de The Ramones. Martín se acomodó el cuello de la camisa y, gracias al delicado arte del doblado de cintura, mi pollera pronto perdió cinco centímetros de largo.

Allí estaba, la gran ciudad, lista para recibir a tres almas en fuga de las garras de la profesora Cardelli. Dudo que la profesora Cardelli nos haya

extrañado esa tarde, y la ciudad se alzaba ante nosotros como una caja de Pandora rogando ser abierta. Imposible no tentarse. Caminábamos casi al unísono, aunque Martín un poco más despacio, como era habitual en él. Martín sólo apresuraba el paso en las cercanías de un negocio de cómics. En un momento dejó de caminar, nos ofreció una mirada fugaz, y enfiló ágilmente hacia una galería. Era su paraíso, y un poco también el nuestro. Había muñecos, pósters, figuras de colección que parecían salir de nuestra imaginación. Allí pasamos horas, pegados contra el vidrio, haciendo cuentas de cuánto tiempo nos tomaría juntar las ridículas sumas de dinero que pendían de los pequeños tesoros. En ocasiones, Martín entraba en trance y su mirada se perdía en las profundidades de la vidriera. Yo lo miraba de reojo, preguntándome cuál, de tantos objetos, había capturado su atención. A veces sospechaba que su mirada simplemente se perdía, observando todo y nada a la vez, embebiéndose de felicidad y haciéndola a un lado al mismo tiempo.

La segunda parada fue en un negocio de discos. Allí Martín y yo circulamos con discreción entre los pasillos, levantando de cuando en cuando algún CD. Nico, naturalmente, disfrutó a pleno de *su* paseo por su pequeño templo, rindiendo culto a cualquier cosa que llevara el emblema de su música preferida.

Finalmente llegamos a las librerías de libros usados. Ese fue un destino que disfrutamos todos por igual. Cada uno tomó su rumbo y se zambulló en un estante diferente, y sólo alteramos la paz individual cuando un ejemplar de conocido interés mutuo se topaba con nuestros dedos. Yo coleccionaba una serie de aventuras que había causado furor en nuestra infancia, y los otros dos llevaban siempre en la billetera un papelito con los números que yo tenía, atentos al descubrimiento de uno nuevo.

Así se pasó la tarde. Cada parada fue un momento único, y el juego de la gran ciudad nos llenó el alma. De a poco, la ciudad se fue cubriendo de luces. Entonces supimos que nuestro paseo llegaba a su fin. Aún quedaba

una última aventura: el viaje en subte. Amábamos el subte; bajar por las escaleras, mientras el aire se hacía más espeso en cada escalón; escuchar el ruido casi fantasmagórico de los trenes acercándose, o perdiéndose en la oscuridad; la luz intermitente de los vagones, las caras de la gente adquiriendo múltiples matices. En cada parada, la aventura se aproximaba a su fin. Entonces, nadie hablaba. Simplemente guardábamos en nuestra memoria cada momento, mientras disfrutábamos del espectáculo gratuito del tren en movimiento.

Lo cierto es que la profesora Cardelli no nos extrañó, pero sí el profesor García, quien tras una ausencia conjunta a la prueba de Matemática (Martín se llevaba bien con los números, pero era demasiado fiel a nuestra ignorancia) citó a nuestra madre, padre o tutor. Nuestros padres, madres y tutores se conocían tanto como se despreciaban. Nico era hijo de un viajante que había tenido la mala suerte de perder los frenos en una ruta concurrida muchos años atrás, y su madre había fallecido tras un largo y complicado parto, por lo que Nico estaba al cuidado de un tío de malos hábitos y peor humor, que tenía un bar de mala muerte donde se transmitían los partidos del domingo.

Los padres de Martín detestaban al tío Alberto, acusándolo de ser un modelo completamente inapropiado para su sobrino —cosa que era absolutamente cierta. Él era abogado y ella psicóloga, y ambos eran bastante prejuiciosos y estirados. Su chalet era el más lindo de la cuadra, y tampoco era de extrañarse, considerando que tenían una sirvienta cama adentro que era un espectáculo. Sabía desde bordar hasta destapar cañerías, y tenía un dedo más verde que el del paisajista mejor pago de la ciudad.

Mi mamá y yo vivíamos solas desde siempre, hasta que mamá tropezó con Carlos, que trabajaba en la editorial donde mi mamá hace correcciones y tiene una columna de interés general. Carlos estuvo en nuestras vidas el tiempo que le llevó conquistar a mi madre, embarazarla y ser trasladado a

la ciudad de Córdoba. Así que dejamos de ser dos para ser mi mamá, mi hermano Lucas de un año y medio, y yo.

En cuanto a la opinión que a mi madre le merecían mis compañeros de aventura, ella adoraba a los chicos, pero también detestaba a sus padres. El tío Alberto le provocaba náuseas, pero aún más náuseas le provocaban los estirados e insoportablemente correctos padres de Martín.

El día de la citación fuimos todos: mamá, el tío Alberto, el señor y la señora Pierri, Martín, Nico y yo. Y allí estaba también el señor Director, paseando la mirada de una cara a la otra, desde la sonrisa nerviosa de mi madre, hasta la mirada de alarma de la señora Pierri, pasando por el desinteresado rostro del tío Alberto, que se limpiaba las uñas con una de sus llaves. El señor Director pasó a explicar el motivo de la citación (ausencia triple a evaluación de Matemática), siguió con el gastadísimo discurso sobre la responsabilidad de los padres para con la formación académica y moral de sus hijos, y concluyó con un llamado de atención y la amenaza de amonestaciones en caso de repetirse el hecho.

Lo cierto es que ninguno de nosotros era realmente un mal alumno, salvo por las ocasionales rabonas, pero los padres de Martín fijaban estándares muy altos para su hijo. Él se llevaba siempre la peor parte. Mi mamá simplemente me miró unos instantes con cara seria y me recordó que confiaba en mi madurez. De más está decir que para el tío Alberto el episodio fue irrelevante. Pero todos sabíamos que para Martín significaba algo mayor.

Martín no hablaba mucho sobre su vida familiar, lo que disparaba mi imaginación y la de Nico. En realidad nos preocupaba bastante pensar cómo reaccionarían sus padres cada vez que hacíamos algo incorrecto. Pero él siempre sonreía y nos tranquilizaba con un firme y seguro “Está todo bien”.

No estaba todo bien. Lo descubrió Nico, tras una clase de gimnasia. Martín era socio vitalicio del banco de suplentes del equipo de vóley (la única vez que entró a la cancha recibió un saque potente en plena nariz,

y de ahí en más desarrolló una fobia crónica a cualquier clase de pelota, hasta las de telgopor). Tras el partido, Nico y Martín se encontraron en el baño de varones. Así fue como Nico notó, de casualidad, una suerte de magullón en el brazo de Martín, que este último dibujó como un pelotazo que había recibido durante la clase. No era una excusa demasiado inteligente ya que el entrenamiento del banco de suplentes consistía generalmente en alcanzar pelotas al equipo titular.

Nico me comentó lo ocurrido, mientras caminábamos a casa después de la escuela. Desde la citación, la madre de Martín solía pasar a buscarlo y lo llevaba derecho a casa.

—Por ahí se golpeó de una forma muy pava y le dio vergüenza contarle —le dije a Nico, minimizando el episodio. Nico no estaba satisfecho.

—Para mí, la vieja arpió lo agarró fuerte del brazo. ¿Vos no la ves capaz de hacerle mal?

—No digo que sea imposible, digo que si pasara algo semejante... nos contaría, ¿no?

Pero Martín no hablaba mucho sobre su relación con sus padres, por lo que mi argumento perdió fuerza rápidamente, y Nico cumplió exitosamente con la labor de transmitirme su preocupación.

Decidí indagar. Fue durante un recreo mientras Martín, solo y en un rincón, devoraba un alfajor y escribía en un cuaderno. Me senté a su lado y le pedí un poco de su alfajor. Me lo ofreció, y aproveché para cerrar rápidamente su cuaderno, tal vez adivinando mis intenciones de echar un vistazo sutil.

—Che, Tin, decime una cosa: ¿está muy insoportable tu vieja por lo de García?

—MARTÍN.

—Bueno che, vos me decís Lili y yo no me quejo.

—Eso es porque no te gusta tu nombre, a mí sí me gusta el mío.

—¿Y a quién puede gustarle tener nombre de color? Lila es horrible, y si me decís Lila te pego.

—Bueno, entonces no me digas Tin.

—OK, pero no contestaste mi pregunta.

—No sé qué querés que te diga. Mi madre es como es, y no hay nada que pueda hacer al respecto. Ella quiere lo mejor para mí.

Sonó el timbre, y Martín lo aprovechó para huir y evadirse de ampliar el tema. De todas formas le comenté lo ocurrido a Nico, papelito median-te durante la clase de Perotti, la de Arte, que mataba el tiempo hablando del *Guernica* de don Picasso. Aparentemente, los tipitos semi-amorfos del cuadro en cuestión eran representativos de algún evento significativo en la vida de los españoles. Pero era Picasso o Nico, y ganó Nico. Su papeli-to decía lo siguiente: “Si te dijo que ella quiere lo mejor para él, está en-tregado. Onda, hace lo que la madre le dice pensando que de verdad es lo mejor para él. Ahora, ¿no nos dice nada sobre si lo zamarrea o no, no?”. La verdad, mucho no nos decía.

Mientras volvíamos de la escuela, Nico recordó algo importante. Está-bamos en segundo grado, aunque en aquel momento no íbamos todos a la misma escuela. Eran pocas las veces que nuestros encuentros se daban en lo de los Pierri, pero a Nico y a mí nos gustaba mucho ir allá. Rosita, la sirvienta-orquesta, nos hacía leche chocolatada y nos daba galletitas con formitas, mientras mirábamos dibujos animados en la sala. Ella nos quería mucho a Nico y a mí, y nos contaba historias de su casa en el campo, cuan-do convivía con doce hermanos. Cada hermano tenía una particularidad, y con mucha elocuencia transformaba sus recuerdos de la infancia en rela-tos dignos de un libro de cuentos. Los padres de Martín rara vez estaban en casa, y los tres disponíamos del lugar para divertirnos, bajo el cuidado amable de Rosita.

En el recuerdo que evocó Nico a la salida de la escuela, el señor y la se-ñora Pierri llegaron del trabajo, discutiendo acaloradamente sobre cosas que escapaban a nuestra comprensión. Para Nico, esa escena era nueva y extraña, y del susto volcó su vaso de chocolatada sobre la alfombra blanca.

La discusión cesó en el acto, y la señora Pierri arrojó una mirada llena de furia a la mancha rosácea. Nico se disculpó, con tintes de vergüenza y culpa en sus redondos ojos verdes. Pero la disculpa no fue suficiente para la mamá de Martín, quien nos invitó a retirarnos con falsa cortesía. Ambos miramos a Martín, apenados, y él agachó la cabeza. Nico y yo salimos a esperar a mamá, que ya había sido avisada del incidente, y espiamos la sala desde la ventana. Tras las cortinas de seda blanca pudimos ver a Martín, su mano presionando con fuerza su mejilla derecha. De sus ojos no escapó una sola lágrima. Tan solo se quedó mirando el piso, aceptando sumisamente su inevitable destino.

—¿Te acordás de eso, Li? ¡Si yo hubiera sabido que lo iba a meter en un problema habría hecho algo!

—¿Sabés qué hay que hacer? Hay que dejar de meterse en líos. Si no estudiamos, no estudiamos y punto. O estudiemos, para variar.

—Bueno, pero no estudiemos cerca del finde, porque seguro llueve.

Martín fue el primero en sorprenderse cuando llegó al recuperatorio de Matemática y nos vio discutiendo sobre el resultado de una ecuación que teníamos de tarea.

—Los esperé en la puerta, pensé que no iban a venir —dijo mientras elevaba su ceja derecha.

—Callate y mostrá cuánto te dio el ejercicio dos.

Mi seis y el seis cincuenta de Nico nos llenaron de alivio (Martín sacó un diez, que era el resultado que habría tenido en la prueba original, de haberla hecho), pero entendimos con tristeza que habíamos sacrificado una hermosa tarde en la ciudad.